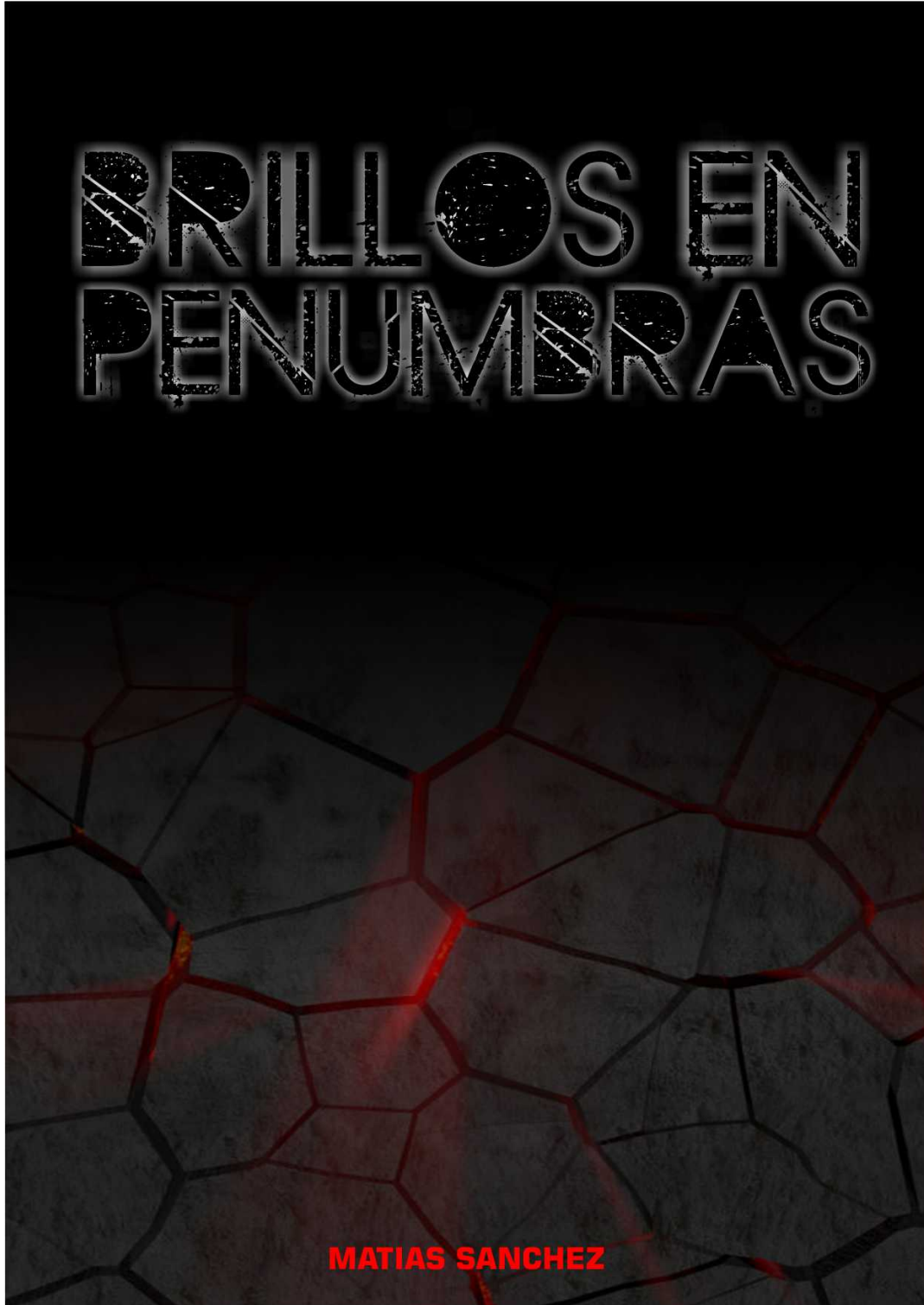


BRILLOS EN PENUMBRAS - edición final

Matias Sanchez



Capítulo 1

BRILLOS EN PENUMBRAS

Siniestros pasos cortan el silencio de la lúgubre habitación casi en penumbras. Un vehículo con el motor aún en marcha, parece estar estacionado a escasos metros de nuestra posición. Sus potentes luces altas apuntan directamente hacia la puerta de ingreso, permitiendo que algunos de esos intensos haces de luz, se cuelen a través de los rígidos espacios perimetrales que componen la vieja abertura, apenas entornada.

Me descubro estático, completamente paralizado por un temor que no tiene explicación. Estoy tratando de no ser visto, agazapado en el rincón más oscuro. Mi corazón late con demasiada fuerza, mi respiración esta fuera de control. Él va a oírme sino me controlo, temo por mi vida.

Allí está, puedo verlo de pie, inmóvil en el centro de la sala. Lleva un traje gris sin corbata, camisa blanca y zapatos negros tan brillosos, que parecieran estar cubiertos de espejos. La incandescente brasa de su extraño cigarrillo es el único elemento visible de su rostro. El espeso humo que sube desde el oloroso tabaco negro, junto con las pesadas sombras que circundan su figura, incrementan el espíritu enigmático del singular sujeto. Su mera presencia azota mi mente.

Los movimientos vuelven a escena, todo se descongela abruptamente. Su mano izquierda se libera y procede a desprender los dos grandes botones que mantienen el impecable saco unido. Los reflejos de un gran reloj dorado se escapan del aura negra para llamar mi atención. Sin dudas es una pieza de joyería muy costosa. La elegancia en este hombre demuestra que no es un improvisado.

El brazo derecho se une a las mímicas demoníacas de esta macabra puesta teatral, donde lamentablemente, soy el gran espectador solitario. Con firmeza quirúrgica, la mano diestra se encamina hacia su lateral opuesto, siniestro. Perversa sutileza que se sumerge bajo la solapa previamente destrabada y de allí extrae una preciosa pistola nueve milímetros cromada.

El miembro baja lentamente para liberar la psicótica expectativa de un arma que se balancea como péndulo colgante. Destellos azulinos bailan contra las paredes muertas que nos contienen, uniéndose a los brillos del reloj que se eleva, toma el cigarrillo y lo arroja contra el inmundado piso. Explosión de micro esquirlas rojas que se extingue abruptamente por la dura suela de los charolados.

El intimidante hombre de repente está exaltado, lleno de adrenalina. Ahora puedo escuchar claramente esa rústica respiración, mientras sus

manos se unen en una coordinada traslación hacia su pecho. El sonido inconfundible de un frío beso al idolatrado metal, antecede una retorcida rutina de dolor, para cualquier alma consiente.

Su implacable puño aprieta la elaborada empuñadura. El curtido dedo pulgar, apenas se desprende para liberar el seguro de la magnífica pistola. "Click".

La otra palma acaricia el pulido lomo del arma con sensualidad. Adelante, atrás. Adelante, atrás y de golpe la sutileza se transforma en violencia. El crujir de la corredera para posicionar la bala en la recámara nos aproximan al climax. La energía vital de la víctima comienza a desgajarse. "Chack, Chack".

El sujeto se acomoda en el espacio libre de la habitación, busca quedar de perfil al inminente sacrificado. La extremidad que empuña el arma se posiciona perpendicular al rugoso suelo que ambos compartimos. Todo parece ser un meticuloso hábito normal, exagerada delicadeza de un estudiado ritual de muerte.

El fulgor de un único ojo abierto concentrado en aquel punto focal, la respiración contenida y el dedo índice que decide sin señalar, el destino de un pobre bastardo. "pum, pum, pum".

Tres certeros disparos, el arma descansa. Un penetrante olor a pólvora reemplaza el aroma a tabaco e inunda mis fosas nasales. Incontrolables arcadas repetidas se manifiestan sin control en mis músculos abdominales. Tengo que controlarme a como de lugar o los espasmos van a delatarme. Un sabor metálico idéntico al de la sangre fresca, invade mi boca. El pistolero del traje gris debe haber acertado, ya que los perfumes de la señora muerte atacan con vehemencia los cinco sentidos de mi aturdido ser. Mantenerme estático, inmóvil, rígido, es mi prioridad.

Toscos rasguídos repetidos preceden una pequeña llama. El hombre está de espaldas a mí. La tenue iluminación focalizada fue en vano para mitigar la intriga que carcome mis pensamientos, no pude ver su rostro. El sujeto gira desafiante. La brasa roja, brillante, vuelve a escena. Mi cuerpo tiembla solo, incontrolable, mientras la gruesa chispa se intensifica y crece sin cesar unos segundos. Tremenda bocanada de espeso humo, dibuja curvas demenciales en contraste con los escurridizos rayos de luz motorizados.

La brasa se traslada horizontalmente, rodando como por arte de magia a lo largo de donde debería estar su boca. Siento que me ignora, otra vez me da la espalda.

Nuevamente el metódico proceso de maldad. Respeta cada paso, cada movimiento está fríamente calculado. El arma otra vez en posición vuelve

al acecho. "Pum, pum, pum, pum, pum, pum, Clanck". Agotó su cargador sobre la pobre víctima. Conté nueve estallidos más el ruido del percutor al vacío, sin dudas eran todas las balas.

Una amarga sensación de alivio recorrió mi cuerpo en toda su extensión. Sin embargo, extrañas preocupaciones atiborraron mi conciencia. Al otro lado del repugnante espacio, un pobre bastardo con nueve centímetros cúbicos de plomo dentro de su cuerpo, debería yacer inerte. Qué puede haber hecho tan malo como para merecerse un cargador completo dentro de su castigada entidad. ¿Seré yo el triste destinatario de una recarga?

La imponente mano izquierda de aquel elegante verdugo arremetió contra sí mismo, desapareciendo un instante al esconderse en uno de los bolsillos del saco. Expectativa, tensión y nerviosismo llenaron mis pulmones. Sacaría un certificado de defunción a mi nombre en forma de aerodinámicas perlas explosivas, o será creativo con una nueva herramienta de tortura. El codo se tuerce, se eleva. La llegada de mi rol protagónico está en su pico máximo. Siento como si las luces me apuntaran, como si un público invisible aplaudiera mi aparición. Cierro los ojos, me entrego al sádico entretenimiento que sin explicaciones previas, coacciona mi destino.

Un suave paño anaranjado sujetado por la presión de un par de dedos, colgando apaciblemente, recorrió el aire hasta encontrarse con la pistola. Tiernas caricias de amante recorrieron el cromado de punta a punta. Van, vuelven, escarban cada rincón hasta dejarla reluciente. Inmediatamente después, con menor sutileza, el trapo vuelve al bolsillo y los botones a sus ojales.

No podía dejar de mirar al sujeto. El arma aún continuaba expuesta al aire viciado que nos separaba. Mi respiración se detuvo, los duros latidos de mi corazón en llamas retumbaron en ecos sordos de desesperación. Él en cambio, inmutable, acomodó su cabello, encendió otro cigarrillo y giró remisamente hasta enfrentarme. Impecable, estoico, superior. Nunca me sentí tan intimidado en mi efímera existencia. Fui reducido a escoria con una simple mirada oculta, un repugnante despojo de ser viviente.

Violentas ráfagas de pestilente viento comenzaron a girar descontroladas dentro del reducido espacio. La puerta se abrió por completo reventando su estructura contra el muro adyacente y desatando una lluvia de filosas astillas marrones. La habitación fue virtualmente mutilada por millones de cegadores rayos artificiales, que dibujaron profanas sombras por doquier.

Mis pupilas encandiladas demoraron en adaptarse a la nueva atmósfera confusa. Mis pensamientos, sobrecogidos por la situación, abandonaron mi atestada conciencia. Ya no importaba si iba a morir, cómo había llegado ahí, cuál sería mi misión en el asunto o la importancia de los hechos. La nada me consumía desde adentro como si un hambriento demonio

absorbiera mi alma con desesperación.

Uno de los estridentes destellos artificiales dejó entrever las cavidades oculares de aquel importante hombre. Sus amenazadores ojos negros se posaron en mí hasta convertirme en un miserable pedazo de carne expuesto, desnudo al horror que me estaba consumiendo.

El arma dejó de ser cromada para convertirse en una enorme pieza de acero al rojo vivo. Una sarcástica sonrisa llena del mismo hierro hirviente, se dibujo en su rostro. La mano, ahora huesuda, arrugada, cansada se elevó hasta la altura de su mentón. Entre atormentadas pausas, los dedos se fueron estirando uno a uno. La piel derretida, pegada al abrasador metal, se despegaba de sus huesos cual brea putrefacta.

La pistola se mantuvo en el aire frente a él. Levitaba inmutable a las leyes de la física que con tanta firmeza me tenían anclado al mustio solado. La pavorosa sonrisa del refinado sujeto desapareció. El arma comenzó a girar sobre sí misma en sentido opuesto a las agujas del reloj y al aire sucio que nos azotaba. La velocidad fue incrementando paulatinamente hasta volverse una esférica mancha anaranjada, en el revuelto fondo negro de la habitación. Segundos que se sintieron como horas. Eterno sufrimiento de saberse extinto cuando la muerte está sobre uno. Dimensión espiritual de donde no hay escapatoria. Gélido abrazo que enfatiza la certeza de mi finitud.

El círculo llameante cambió su rumbo sin previo aviso y se abalanzó sobre mi persona. Milésimas de segundo para decidir con el cerebro completamente entumecido. No atiné siquiera a cubrirme, pero un veloz reflejo involuntario estiró mi brazo agarrando la pistola en el aire. Un intenso dolor perforó con furia la palma de mi mano derecha. Gritos secos escapan de mi garganta, intentos fallidos de dominio personal. No podía soltarla.

Humo, olor a carne quemada y espesas lágrimas saladas, acompañaron la expresión de padecimiento que conquistó mi fisionomía. No conseguía librarme del sufrimiento. Aquel artefacto infernal parecía tener vida propia, control sobre mi persona. La decisión de escapar no estaba en mi poder. Oscuridad absoluta que se adueña del lugar sin previo aviso. Una ceguera forzada, silencio de muerte.

Mis dedos recobran conciencia. Dejo caer la pistola, cuyo estruendo metálico contra el duro solado, no consiguió desviarme la mirada de lo único visible en aquella negritud. El dibujo de la imponente empuñadura se había calcado en la calcinada carne de mi extremidad. Símbolos que destellan en las sombras, mientras cicatrizan con la rapidez de gusanos devoradores de cadáveres. La demoníaca estrella invertida y unas

extrañas letras, ahora decoraban mi piel.

Los faros del vehículo se vuelven a encender. Potente iluminación que lastima las criaturas del infierno, desatando terroríficos gritos en sádicos tonos agudos. Me veo obligado a cubrirme los oídos, la pesadilla todavía no termina.

El hombre, que nunca había cambiado el destino de su penetrante mirada, volvió a sonreírme haciendo un ademán de saludo al estilo militar. Las viejas baldosas crujieron, temblaron y comenzaron a partirse. Las grietas nacieron debajo de la suela de sus deslumbrantes zapatos, creciendo errantes en todas direcciones. Un instante de quietud antecede la catástrofe. El suelo se derrumbó bajo sus pies, tragando al sujeto con voracidad. Insoportables chillidos, enormes lenguas de fuego y un profundo olor a azufre, escapan del hoyo infernal.

Con la misma siniestra teatralidad que él concreto se hizo añicos, volvió a reconstruirse frente a mis ojos. Todo volvió a ser como antes. Una simple lúgubre habitación sucia en penumbras. Rayos de luz artificial que ingresan por los bordes de la vieja puerta entre abierta. Un pobre bastardo en el rincón opuesto con nueve disparos y mi pequeña presencia, agazapada, estática.

No me atrevía a mover pero la curiosidad fue más fuerte. Bajé lentamente los brazos para descubrirme el rostro, a la vez que lleno de temor, levantaba la mirada buscando ver al pobre ser humano todo perforado. Logré divisar los fríos restos del nuevo occiso, desparramado a escasos metros de mi posición. No podía reconocer la identidad del cadáver. Si estaba aquí, en este horroroso lugar junto a mí, alguna relación deberíamos tener en común. La intriga incrementó el control sobre mi voluntad. Me puse de pie con la idea de acercarme y despejar todas mis dudas. En ese preciso momento, las condiciones naturales del mundo conocido me vuelven a traicionar paralizando el tirano espacio temporal. El polvo en suspensión dejó de bailar con los suaves movimientos del aire, los rayos de luz no emitieron las sombras del cambio en mi posición.

Extenuantes cavilaciones atacaban mis pensamientos, cuando descubrí que ahora yo vestía el traje gris, los charolados zapatos negros, la blanca camisa sin corbata. En la gruesa sobaquera de cuero, el arma cromada aún estaba caliente. La palma de mi mano derecha ya estaba completamente cicatrizada. Un punzante estupor arañaba toda mi piel. Nauseas, mareos extremos, estómago en guerra que descontrolado, produce ácidos destructivos. Cientos de migrañas martillan mi cráneo. Creo perder el conocimiento, hasta que un nuevo dolor me trae a la intransigente realidad.

Pequeñas llamas combustionan espontáneamente en la palma de mi mano, justo en el centro de la marca. De ellas; como en reversa a un

incendio que se consume desde la cenizas y no hacia ellas, un papel cuidadosamente plegado apareció misteriosamente. Con tanto miedo, como cuidado, deshago cada pliegue. Letras incoherentes componen escritos inasibles. Sin embargo, poco a poco cobran sentido. Algo me estaba permitiendo descifrar el código que encierra el idioma de los caídos. Al cabo de un momento pude leer claramente los datos del hombre fallecido y una serie de instrucciones a seguir.

"Le damos la bienvenida a nuestro equipo de búsqueda y recolección.

Lea atentamente el documento, siguiendo al pie de la letra cada uno de las siguientes instrucciones.

Por cualquier consulta diríjase a nuestro departamento de logística y distribución.

Atte.

La comisión de representantes del Inframundo y paso al infierno.